FOLLETIN DEL DIARIO "LA PATRIA"



La Gorriona

POR

LUIS COLOMA S. J.

GUATEMALA, C. A.
IMP. "LA PATRIA"—6a AV, SUR, NO. 1

LA GORRIONA

I

¿Oculos habentes non videtis? ¿et aures habentes non auditis?
¿Teniendo ojos no veís? ¿y teniendo orejas no oís?

(San Marcos, cap. 8, v. 18.)

La berlina describió de repente una curva inverosímil en su carrera, y desapareció en el antiguo portalón del palacio de Santa María: a un impulso del cochero quedarón clavados como por encanto, al pie del anchuroso vestíbulo, coche y caballos, estirando éstos las nerviosas patas, como muelles de acero, agitando impacientes las engalladas cabezas, y cubriendo de humeante espuma los bocados y cadenillas, bruñidas como la plata. El lacayo saltó con garbo del pescante para abrir la portezuela, el cochero se se descubrió respetuosamente desde su altura, sin mover el cuello en su almidonado corbatín blanco, el portero del palacio hizo sonar la campana, que anunciaba allá en las antesalas la llegada de una visita, y de la berlina saltó entónces una diminuta galga inglesa, con collar de plata sobre, dorada y manta de grana ribeteada de terciopelo......... Saltó luégo una señorita rubia, saltó después otra morena y saltó, por último, otra que no era morena ni era rubia; era, por decirlo así, desteñida.

Llevaban las tres enormes peinetas de teja, grandes mantillas de casco con ruedo de blondas, y colosales abanicos de país corto y ancho varillaje. Ocupaba a la sazón el trono de España el intruso D. Amadeo, y las damas elegantes hacían alarde de españolismo, desenterrando las tejas de carey, las blondas de pegotes, los alamares de morillas, y los flecos de a media vara. Bamboleábase el trono del italiano ante esta artillería de trapo, y las damas se creían tan heróicas al manejarla, como la Condesa de Bureta en Zaragoza, o doña Lucía Fitzgerard en Gerona.

La galguita comenzó a subir dando brinquitos, y se detuvo con una patita delantera en alto, ante los enormes tiestos del Japón que adornaban el primer descanso de la escalera. Quizá meditaba alguna fechoría indigna de su collar de plata y su manta de grana; pero intimidada sin duda por las armas condales de la ilustre casa de Santa María, que de relieve se destacaban en la pared del fondo, prosiguió su camino por la estrecha alfombra, que aprisionaban varillas de reluciente metal al pie de cada peldaño.

Detrás subían las tres señoritas; seria y como disgustada la rubia, preocupada la morena, decidida y resuelta la desteñida. Pasaba ya ésta de los treinta años, edad funesta, en que la mujer frívola que desechaba a los quince al coronel del regimiento, suspira por el tambor mayor, antes que doblar soltera el cabo de *Buena Esperanza.* Daba, sin embargo, saltitos como la galguita inglesa; hacía dengues y monadas como pollita tierna de quince años, y tenía o afectaba tener la travesura y aturdimiento de una colegiala de trece. Llamábase Ritita Ponce.

La morena, tiesa como un maniquí de modista, estaba en la edad en que se desechan los coroneles, se piensa en el *trousseau* más que en el marido futuro, y domina a todo otro sentimiento la vanidad de los trapos y la hermosura, especie de inflamación ridícula, que prodece en el alma las lisonjas de la galantería: ésta se llamaba Adelita Peralta.

En cuanto a la rubia, frisaba apenas en los quince, y aunque no desechaba coroneles, ni suspiraba por tambores mayores, gustábale ya, como a la hormiguita del cuento, comprar el ochavito de arrebol que había de ponerla bonita, y sentarse a la ventana, esperando el paso de algún Ratoncito Pérez; era al fin y al cabo hija de Eva. Llamábase Blanquita Peláez, era prima de las otras dos, y sobrinas las tres, aunque por diversas ramas, de la Excelentísima Señora doña Rosa Peláez, Ponce, Peralta y Teba, Condesa Viuda de Santa María.

—¿A que nos dice que nones?—dijo de repente Adelita Peralta, parándose como desalentada en mitad de la escalera.

—¡Pues claro está!—replicó vivamente la de Peláez: Yo en su caso diría lo mismo.

Al oír esto Ritita Ponce, que iba delante, bajó de un brinquito el escalón que la separaba de sus primas, y dijo muy enfadada:

—Mira Blanca...... o te callas o te vuelves al coche; que no era cosa de venir apretadas en la berlina, como sardinas en banasta, para que luégo lo eches a perder todo.

—Pues hija,—replicó Blanquita, enfadándose a su vez; no fuí yo la que quise venir, sino tú la que me trajiste.

—¡Porque eres el ojito derecho de tití Rosa, y para todo es necesario contar contigo!—exclamó Ritita, prosiguiendo su camino.

Eran las once de la mañana, y no obstante el toque del portero, ningún criado parecía por antesalas ni salones para introducir a la intempestiva visita. Veíase por todas partes ese desórden que deja en una casa el paso de una fiesta: muebles fuera de su lugar, ramilletes marchitos en los jarrones, bujías medio consumidas en los candelabros, flores caídas acá y allá de algún prendido, jirones de gasas arrancados de alguna falda en las revueltas de un rigodón o en los vaivenes de un wals, y en la atmósfera sintiéndose, mascándose, por decirlo así, aunque sin tener forma alguna visible, ese desencanto, esa desilusión que inspiran los restos del carnaval, contemplados a la luz del miércoles de ceniza: sentimiento triste a la vez que reflexivo, que tiene mucho de la amargura que deja el pecado en el alma, como un principio del remordimiento.

Aquel día era en efecto miércoles de ceniza, y la noche anterior había dado la Condesa el último de sus dos bailes de Carnaval, divertidísimos aquel año por lo originales. Siempre fué el taparse la cara señal de vergüenza, y aquel año, en el salón de la Condesa, habiase repartido por turno, entre uno y otro sexo, el pudor de la careta. Las damas prescindieron de él la primera noche, presentándose sin disfraz alguno: los galanes

acudieron por el contrario uniformados con dominós de raso negro, y lazos de color de grana de idéntico modo dispuestos. Esta uniformidad de los trajes dió lugar a equivocaciones tan graciosas, y burlas tan divertidas, que se decidió pedir a la Condesa, para el martes de Carnaval, otro baile en que se volviesen las tornas, reservándose las señoras el privilegio de llevar la cara cubierta: el sexo fuerte luciría su fealdad al resplandor de centenares de luces, y el débil ocultaría sus encantos en los anchos pliegues de capuchones Watteau, con lazos de color de rosa. Habíase añadido además al programa de la fiesta, otra parte de terrible alcance político: el genio patriótico de Ritita Ponce ideó organizar un minué a la española, que habían de bailar los caballeros con casacón y peluquín blanco, y las señoras con traje de medio paso y peinado a lo *nene*. Para ello ensayaba Ritita con su primo Candidito Teba, alférez de húsares, un sólo, cuyos prodigiosos *trenzados*, hubieran podido admirar a la Córte de Carlos IV. Imposible era que el intruso Amadeo permaneciese tranquilo en el trono, ante aquel patriotismo coreográfico con que la ilustre juventud de X** le manifestaba su desagrado.

Accedió gustosa la Condesa a lo que se le pedía, con la sola condición de que terminase la fiesta a las doce de la noche, hora en que comienza la Cuaresma. Sin duda temía la buena señora ver aparecer en sus salones la escuálida figura de la Penitencia, a la manera que se presenta en aquella famosa agua-fuerte de Alberto Durero, el pintor filósofo, esgrimiendo unas formidables disciplinas, y precedida de la muerte, que acompaña a

los bailarines tocando el violín con dos canillas. Mas un grupo conspirador, que no temía a fantásticas apariciones, y capitaneaban Ritita Ponce y su primo Candidito, de tal manera se encargó de atrasar los relojes, que cuando sonaba en el palacio la hora de los ayunos, eran ya en el resto de la ciudad más de las dos de la madrugada. La Condesa no cayó en la cuenta: tan sólo sintió más sueño que nunca al acostarse, y más pereza que de ordinario al levantarse por la mañana.

Suceso muy grave debía de ser, por lo tanto, el que hacía madrugar a las tres primas, después de haberse acostado muy cerca del alba. Entráronse, pues, como Pedro por su casa, no encontrando a nadie en las antesalas, y Ritita echó a correr detrás de una doncella de la Condesa que vió a lo léjos, gritando:

—¡Martina! ¡Martina!...... ¿Se ha levantado la señora?..........

—¡Pues ya lo creo!—respondió la doncella saliendo a su encuentro. A las ocho había vuelto de San Vicente de tomar la ceniza.

—¿La ceniza?...........

—Sí, señorita........... Hoy es miércoles de ceniza.

—¡Pues es verdad!—exclamó Ritita, riendo como una loca. ¡Yo no me acordaba sino de que ayer fué Carnaval!......... ¿Y dónde está la señorita?.......

—En el *costurero*, firmando los bonos de la Conferencia.......... ¿Quiere Ud. que le avise?.........

—¡No! ¡no!........ ¡Buen susto le vamos a dar entrando de puntillas!—exclamó Ritita, con el más infantil de los alborozos.

Y echando a correr seguida de sus primas y precedida de su perra, llegaron a un gabinetito redondo, que llamaban el *costurero*, porque allí solía hacer labor la señora Condesa. Por la abertura del *portière* entreabierto, veíase sentada junto a una antigua mesa de costura, con gran bolsón de raso amarillo, a una señora de más cincuenta años, alta, gorda, bigotuda, con el pelo grís sencillamente peinado, y vestido un modesto traje de hábito del Cármen. Tenía delante un montón de papelitos impresos con el sello de las Conferencias de San Vicente de Paul, rellenaba los huecos en blanco que en ellos había, con nombres de pobres que copiaba de una lista: añadía después partidas tales como.—*Un puchero.* —*Dos raciones de tocino.*—*Tres de carne.*—*Cuatro de garbanzos, etc.*, y firmaba por último, con letras del tamaño de aquellas.—*La Presidenta, Condesa Viuda de Santa María.*

Ritita se adelantó de puntillas a mirar por entre las cortinas, mientras las dos primas se adelantaban también, de mala gana Blanquita, y sin abandonar su empaque de maniquí la de Peralta.

Ritita se apartó de la puerta conteniendo la risa; y haciendo retroceder a las dos primas, hizo ademán de decirles algo muy quedito: más antes, fijándose de repente en una chimenea de mármol que allí había, metió un dedo en la ceniza apagada, y se puso un tiznoncito en la frente, entre los rizitos postizos que la adornaban. Blanca la miraba absorta, y Adelita se echó a reir diciendo:

—¡Ah, pícara!.......

—¡Calla!—replicó Ritita, amenazándola con el abanico; y en voz muy baja añadió........ La tía tiene buena cara, y estoy segura de que no ha descubierto lo de los relojes...... ... Con que vamos adentro, que yo me encargo de ponerle el cascabel al gato.......... A todo cuanto yo diga, dicen ustedes *amén*; y si la tía.........

—¡No, hija, no!—la interrumpió Blanquita con enfado. Lo que es yo, no digo mentiras.

—¡Ya salió la santa!—replicó impaciente Ritita. ¡Yo no digo mentiras!........... ¿Te van a salir manchitas en las uñas, o temes que te lleven los diablillos?.........

—No, señor, ¡yo no digo mentiras!—repitió con más firmeza Blanquita.

—Pero criatura, mañana te hartas de pan bendito, o tomas un baño en pila de la iglesia, y quedas ya perdonada.

La de Peralta levantó los ojos al cielo, y dijo desabridamente:

—¡No puedo con estas santas modernas!....... Siquiera las antiguas, se iban a un desierto y nos dejaban en paz a las que no lo éramos. ¿Para qué has venido entónces, *pajuata?* ....

—¡Porque ustedes me han traído! ....

—Pues ya que estás aquí,—exclamó Ritita agarrándola por la mantilla, te callas por lo menos...... Mira que, como me salgas con alguna de tus sandeces, le digo a la tía que Ramiro Pérez te ha escrito tres cartas.....

—¡Pero yo no le he contestado ninguna!—gimió Blanquita haciendo pucheros.

—¡Sí, sí, ninguna!...... Si sabré yo lo que son estas mosquitas muertas,—replicó Ritita, volviéndo la espalda con gesto amenazador, y pisando sin querer la pata de su perra...... Esta lanzó un ahullido lastimero, Ritita exclamó con angustia:—*¡Hija mía!*—y la perra corrió en tres pies al gabinete, refugiándose entre las faldas de la señora Condesa. Asustada esta, dió un respingo, tiró la pluma, sacudió por primera providencia su sopapo al animalejo, y reconociéndolo al fin, a traves de sus gafas de oro, dijo sorprendida:

—¡Calla!...... Pues si es Nana, la perra de Ritita.....

¿Se va enterando el lector?...... ¡*Nana* se llamaba la perra de Ritita...... regalo infantil de su primo Candidito!



II

Era la Condesa de Santa María la más gorda de las mujeres sensibles: su corpulencia, su bigote, su vocejón de bajo profundo, le habían conquistado entre los no escasos burlones de la meridional X**, el nombre de *El Sargento Santa María.* Mas a pesar de su marcial apodo, tenía la Condesa un corazón de merengue, de cuyo dulce jugo chupaban a mansalva desgraciados y parásitos: su bolsa estaba siempre abierta para socorrer desgracias verdaderas o fingidas, y su casa de par en par para diversión de amigos y parientes: porque Dios, que había negado a esta señora la bendición de los hijos, de tal manera la había favorecido con la plaga de los sobrinos, que pasaban de veintisiete los que se disputaban el honor de llamarla *tití Rosa.*

Vástago de una de las familias más ilustres de Andalucía, había visto transcurrir los años de su vida en la dicha más envidiable, sucediéndose un día con la uniforme tranquilidad con que pasan las cuentas de un rosario entre los dedos de una vírgen: pero por esa extraña aberración del espíritu humano, que nos lleva a poner nuestro amor propio en aquello de que más carecemos, tenía la Condesa una manía, que engendraba en ella su santo afán de socorrer a los desdichados, y su necio prurito de divertir a los felices. Nerón ponía su amor propio en tocar la flauta, Richelieu en hacer ver-

sos, la Condesa en creerse la mujer más desgraciada del orbe, y poder decir, como otra Dido, entre colosales suspiros, que hacian oscilar las lámparas de su gabinete.—*¡Non ignara mali miseris succurrere disco!*.....(1). Por eso era para ella tan buena obra, y encontraba su corazón igual placer en socorrer a un desvalido, diciendo con voz estentórea: ¡Sé lo que es sufrir!, que en dar un baile, exclamando entre suspiros: ¡Porque he sufrido mucho, quiero que los demás se diviertan!

Educada, por otra parte, en esa casta atmósfera de la mujer honrada, tipo común en la española rancia, que pasa de doncella a esposa, y de esposa a madre de familia, sin adivinar nunca las asquerosas profundidades de la galantería masculina, parecíanle otras tantas parejas de Luises Gonzaga, y Rosas de Lima aquella brillante juventud que poblaba sus salones, y mirando de cuando en cuando el alegre cuadro, desde la mesa de tresillo, que por nada ni por nadie abandonaba, decía suspirando:

—¡Angelitos!...... ¡Cómo se divierten!...... ¡Así debía de ser ahora mi pobre Mateo!.........

Porque la catástrofe de la vida de la Condesa, la gran pena que no alcanzaba a borrar de su corazón la suave esponja del olvido, era el prematuro nacimiento de un esclarecido varon, que hubiera debido perpetuar la ilustre casa de Santa María. Nególe la Iglesia el bautismo por no encontrar en él suficiente sujeto; más su

[1]—Conocedora de la desgracia, sé socorrer a los desgraciados.

madre le puso el nombre de Mateo, que era desde tres siglos antes el de los primogénitos de la casa, y cual Artemisa a Mausoleo en el famoso sepulcro, depositó al malogrado vástago en un tarro de espíritud de vino. Allí esperaba en vano la resurrección de la carne el heredero de los Santa María, mientras su madre ponderaba a todas horas la hermosura, las gracias y las virtudes morales y cívicas de su malogrado Mateo. Desde entónces la Condesa se vistió un sencillo hábito del Cármen, que jamás abandonaba, y nunca dejó de firmarse en cuantas cartas escribía: *Su desgraciada amiga*, la Condesa de Santa María.

Unidas estas circunstancias a un españolismo, raro en las señoras de su clase, a un orgullo de raza, muy comun entre ellas, y a un fondo de piedad bieni ntencionada, aunque no siempre bien dirigida, a nadie extrañará que la señora Condesa madrugase para tomar la ceniza después de una noche de baile, y se entretuviese las horas muertas en disponer por su propia mano los bonos de la Conferencia.

Habíala sorprendido en esta ocupación la perra de Ritita, y detrás de ella entraron en el gabinete las tres primas, diciendo en coro:

—Buenos días, tití Rosa...... ¿Ha descansado usted?

La Condesa se quitó sus gafas de oro, y dijo con su vocejón de bajo profundo:

—¿Pero qué es esto?...... ¿Tan temprano han abierto hoy el manicomio?

—¿Temprano?—replicó Ritita haciendo arrumacos, y sentándose en un taburete a los pies de su tía, des-

pués de darle tres ruidosos besos. A las ocho habíamos tomado ya la ceniza en San Isidoro......

Blanquita se santiguó espantada, al oír tan descarada mentira, y la de Peralta, tirándose de la mantilla, dijo con la mayor frescura:

—Ya ve Ud. si aprovechamos bien el tiempo, titita.

La Condesa se sonrió, complacida de la piedad de las niñas, y notando el tiznon de ceniza quo Ritita traía en la frente, exclamó con una carcajada, que recordaba las notas más profundas de Lablache o de Selva.

—¡Ya conoció el Cura la buena pieza que tenía delante, y por eso te apretó la mano de firme!...... Mírate, mírate en el espejo.........

Ritita estiró el cuello para mirarse en la magnífica luna que coronaba la chimenea de mármol, y limpiándose con el pañuelo, dijo muy indignada:

—¡No me extraña!...... Una canasta llena de ceniza necesitaba yo para humillarme hoy...... Le aseguro a Ud , titita, que en toda la noche he dormido de rabia.

—¿De rabia?...... ¿Pues qué perro te ha mordido, hijita?.........

—¡El cursi del Gobernador!...... Ese es el perro que me ha mordido a mí, y a Ud., y a todos los que estuvimos anoche en su casa!.........

—¿Pero qué ha pasado, hija?—exclamó atónita la Condesa.

—¡Nada, nada ha pasado!—replicó Ritita con rabiosa ironía...... Que anoche dijo en pleno casino ese Gobernador Sancho Panza, que él apostaba su bastón de mando, a que no volvíamos a bailar el minué a la

española...... Que eso era una manifestación en contra del poder constituído, y que tenía él bigotes para llevar a la cárcel a la Condesa de Santa María.

—¡Y meterla en un cepo!—añadió la de Peralta, empinando el dedo, y alargando, sin descomponerse la mantílla, su largo cuello de cisne.

La Condesa se puso negra de ira, como si la azulada sangre de cien generaciones de Santa María se le hubiese agolpado al rostro, y Ritita, temiendo haber ido demasiado léjos, añadió algo turbada:

—Lo del cepo, no estoy cierta si lo dijo.

—¡Sí, titita, sí!...... ¡En un cepo dijo!—afirmó la de Peralta con la lengua y con el abanico.

—¿Pero harían alguna imprudencia esos muchachos allá en el *buffet!*—dijo al fin la Condesa un poco azorada. Tira de la campanilla, Blanca ..... dile a Martina que avisen volando a D. Recaredo...... Es fácil que con el champagne se les haya ido la lengua a esas criaturas...... D. Recaredo debe saberlo.

Don Recaredo era el hombre de confianza, el amigo íntimo de la Condesa, a quien encargaba ella la vigilancia de la juventud dorada que admitía en sus salones.

—¡No, tití, no!—insistió Ritita. Si eso fué antes...... Es que el Gobernador se muere de rabia porque se negó Ud. a recibir a su niña, y no puede alternar con nosotras la muy cursilona.

—¡Es un cursi, titita, es un cursi!—chillaba la de Peralta, sacudiendo el abanico.

—¡Pero, señor!—exclamó la Condesa aturdida y sofocada. ¿En qué país vivimos?..... ¿De modo que yo no puedo hacer en mi casa lo que me da la gana, sin que venga un Gobernador de monterilla a meterme en un cepo?...... ¡Pues lo veremos, sí señor, lo veremos!......

Y figurándose la Condesa que aplastaba al Gobernador, aplastó con su poderoso puño los bonos de la Conferencia. Las dos primas cruzaron entre sí una rápida mirada, y mientras la de Peralta repetía en todos los tonos de la escala—¡Es un cursi, tití, es un cursi! —añadia Ritita con el mayor entusiasmo:

—¡Eso es, tití Rosa!...... ¡eso es lo digno!...... ¡Duro contra duro!...... ¿No quiere coles?...... ¡El plato hasta arriba!

—¡Pues no faltaba más, sino que tuviera que llevar el visto bueno de un zascandil cualquiera, lo que se baila en mi casa!...... ¡Y hablarán luégo de la Inquisición esos liberalones descamisados!..... Pues yo le prometo que se bailará el minué, y hasta el fandango si es preciso...... Y se bailará a la española, y con casaca y peluquín, y si se me antoja, me vestiré yo misma aunque sea de mameluco!...... ¡Pues no faltaba más!

A Blanquita Peláez le entró tal risa al figurarse a la monumental señora vestida de mameluco, que rompió a reir sin miramiento alguno, con gran indignación de Ritita.

—Esta Blanca tiene sangre de horchata!—dijo. ¿A que viene esa risa?.........

—Como dice tití que se va a vestir de mameluco,—balbuceó Blanquita. Y volvió a reirse con mayores bríos.

—Déjala que se ría,—replicó la Condesa, esforzándose por reír ella misma. Si el caso es de risa...... Si yo me río también de que ese embeleco de Gobernador haya venido a tropezar con la horma de su zapato...... Y verás; ya verás cómo le hacemos perder en la apuesta su bastón de mando, y nos sirve para palo de una escoba.

Las dos primas se miraron de nuevo, como diciendo: Esta es la ocasión—y Ritita dijo vivamente:

—¡Ese es el golpe maestro, titita!...... Es menester dar otro baile.

—Y bailar el minué, aunque venga la partida de la Porra.

—¡La recibiremos con la del Porro, y saldrá con las manos en la cabeza!—dijo marcialmente Ritita, esgrimiendo el abanico.

—Nada, tití, nada...... ¡Es menester otro baile!...... Es cuestión de gabinete.

—Cuestión de honra.

—Lo pide el honor *du drapeau* ....

—¿Pero cuando?—exclamó la Condesa, vacilante..... Si estamos ya en Cuaresma.........

—¡Pues el domingo de Piñata!—exclamaron a un tiempo las dos primas, con la avidez del jugador que tira el último dado.

La Condesa abrió la boca para contestar, las dos primas alargaron ansiosas el cuello para oír...... y las tres se quedaron mudas. Había entrado en el gabinete, sin que nadie lo anunciase, un clérigo muy viejo, que cojeaba al andar, traía las gafas en la punta de la na-

riz, el sombrero de teja en la mano izquierda, y entraba echando bendiciones con la derecha a diestro y siniestro.

La tía y las sobrinas se quedaron estupefactas: oíase tan sólo la risa comprimida de Blanquita, que se figuraba entónces a tití Rosa camino del cepo, vestida de mameluco, y capitaneando la partida del Porro. Ritita se leventó violentamente del taburete al entrar el clérigo, y fué a sentarse en un rincón con gesto de enfado. Allí se puso a hacer un muñeco con su pañuelo de batista.

—Pero D. Rufino,—dijo al fin la Condesa, rompiendo el silencio entre colérica y sorprendida. ¿Lo han hecho a Ud. Obispo, o viene cazando moscas?......

—¿Obispo a mí, señora Condesa?—replicó el clérigo, con un tono compungido, que movía a risa. ¡Jesús, señora, qué disparate!...... ¡Ave María Purísima!...... ¡Obispo un pobre capellán de monjas!...... Eso sería poner la mitra a Zamama, el demandadero del convento.

—Como viene Ud. echando bendiciones ....

—Por si quedaba por ahí algún diablo de los del baile de anoche, señora Condesa...... Por eso nada más; créame usted...... Nada más que por eso.........

A la Condesa se le atragantó el chiste del capellán, y replicó bruscamente:

—Pero D. Rufino...... ¿Se ha pensado Ud. que a mi casa se viene a ofender a Dios?...... ¿Qué gente se figura Ud. que yo recibo?...........

—¡Jesús, señora; Ave María Purísima, qué disparate! —replicó el clérigo, sentándose tranquilamente. ¿Quién había de pensar eso?...... ¿Si sabré yo la gente que recibe la Condesa de Santa María?...... El que menos es duque de *Ora pro nobis*.

La importuna risa de Blanquita brotó de nuevo, como el chorro de una fuente intermitente, y volvió a cesar ante una furibunda mirada de su tía. El clérigo se terció el manto sobre las rodillas, colocó encima el sombrero de teja, cruzó las manos sobre éste, y fijando por encima de las gafas su mirada, aguda como la punta de una lanceta, en las tres primas, dijo muy sosegado, en su tono lastimero:

—Pues si, señora...... Leí yo en un libro viejo, que el diablo no perdía un baile...... Vamos, que le gustaba la danza...... Y allá uno de los Padres antiguos del yermo vió una vez que cada señora llevaba un diablo sentado en la cola del vestido, y lo iba paseando...... ¿Estamos?...... Y cuando entré por esas puertas, me dije: ¡Sabe Dios cuántos se habrán quedado descarriados por debajo de los muebles!...... Pues con un par de bendiciones desencanto yo la casa; y cate usted ahí por qué las venía echando ....

La risa de Blanquita se escapó de nuevo de sus carrillos, hinchados a fuerza de aguantarla, haciendo exclamar a la Condesa coléricamente:

—¡Pero qué pesada estás, Blanca!...... ¿Se podrá saber a qué viene esa risa?.........

—Como decía Ud. que se iba a vestir de mameluco.........

—¡Calla!—gritó la Condesa con tal brío, que hizo a Blanquita pegar un salto en el asiento.

El clérigo volvió a mirarla de nuevo por encima de las gafas, y dijo:

—Deje Ud. que se ría la niña: eso son los pocos años.........

Y mirando a Ritita del mismo modo, añadió:

—Mire Ud. cómo su mamá está muy seria.........

Ritita dió otro brinco al oirse colocar en la categoría de las mamás, y de tal manera se crisparon sus nervios, que estiró los brazos del muñeco hasta colocarlo en la familia de los orangutanes. Hubiérase podido poner los zapatos, sin doblar las rodillas.

—¿Pero que está Ud. ahí diciendo de madres y de hijas?—dijo impaciente la Condesa. ¿Pues no conoce Ud. a Ritita, mi sobrina...... La hija de mí primo Claudio?.........

—¿De veras?—exclamó el clérigo asombrado. ¿Pero quién lo había de pensar?...... ¡Jesús y cómo ha crecido! ..... ¡Qué disparate!...... Sea para bien, doña Ritita...... por muchos años...... ¿Y está bueno Papá?...... Pero, señor, si me parece que fué ayer cuando la ví nacer, como quien dice...... ¡Friolera! y hace ya treinta y cinco años...... Como que fué el año treinta y siete, por mayo, justamente el día ....

Ritita se puso en pie de un salto, como si le hubiesen aplicado una pila de Volta, al oir que el imprudente clérigo ponía en claro la discutida fecha de su nacimiento. Descuartizó convulsamente el muñeco, como Medea a sus hijos, y dijo con la ronca voz de la ira comprimida:

—Adios, titita: voy al jardín a ver los pavos reales.

—Y que vayan contigo Adela y Blanca,—contestó la Condesa presurosa. Tengo yo que hablar con D. Rufino.

Las tres primas salieron juntas, y nada dicen las crónicas de lo que entónces sucedió entre ellas. Consta, sin embargo, que Ritita estuvo aquel día a dos pasos de atropellar, en la persona de D. Rufino, el famoso canon.—*Si quis, suadente diabolo*.........

En cuanto al clérigo, si es cierto aquello de que, por regla general, son tontos todos los que lo parecen, más la mitad de los que no tienen cara de tales, debía de ser una taimadísima excepción de la primera parte del apotegma.



III

Pero me querrá Ud. decir, D. Rufino de mis pecados, qué gusto saca de hacer rabiar a todo el que encuentra en mi casa?—exclamó colérica la Condesa. El otro día le tocó a D. Recaredo: hoy a Ritita.

—¿Yo, señora?...... ¿Yo?......

—¡Usted, sí señor, usted!...... que parece que no rompe un plato, y se ha propuesto darme un sofocón cada vez que viene a mi casa.

El clérigo dijo para su sotana:—No es la banderilla que puse a Ritita la que a tí te ha punzado—y contestó con el más compungido de sus tonos.

—Pues lo que es hoy, señora Condesa, venía porque la Madre Priora.........

—Ya le envié ayer veinticinco duros para la obra del coro...... Conque déjese Ud. de Prioras, y conteste a lo que le pregunto.

—Pues justamente porque le decía Ud. en la carta que iban veinticinco duros, y venían cincuenta, es por lo que vengo a devolverle de su parte los veinticinco que sobran.

Y al decir esto el Capellán, presentaba a la Condesa un cucuruchito de monedas de oro.

—Que los guarde para vino de Misas...... y no se me escapa Ud. por la tangente...... ¿Qué signífica la mojiganga de las bendiciones que venía Ud. echando?.........

El clérigo dijo para sí,—ahí es donde a tí te escuece—y enarcando las cejas, y estirando los labios con el aire más cándido del mundo, contestó:

—Pues si ya lo dije, señora...... Por si había quedado algún diablillo.........

—No se me haga Ud. el tonto, que nos conocemos de muy antiguos, y sé que tiene Ud. más conchas que un galápago...... Siempre me está Ud. tirando pullitas sobre los bailes y las tertulias...... ¿En qué libro viejo ha leído Ud. que el diablo no falta a ningún baile?

Don Rufino se dió una sonora palmada en lo alto de su pelada cabeza, y dijo muy serio:

—En este, que lleva ya setenta y dos años de impreso.

—¿Pero qué idea tiene Ud. de lo que es un baile, D. Rufino bendito?...... ¿Ha visto Ud. alguno en su vida?.........

—Por el derecho, ninguno..... Por el revés, muchos.........

—¿Y quiere Ud. decirme cuál es ese revés, y cuál ese derecho?.........

—El derecho es lo que Ud. ve en su casa: el revés, lo que veo yo en el confesonario ....

La Condesa se quedó un momento pensativa, y dijo luégo, moviendo la cabeza con cierto aire de duda y de desden disimulado:

—Veo que no conoce Ud. la clase de gente que recibo yo en mi casa.

—Supongo que serán hombres y mujeres.

—¡Pues claro está, que no han de ser gatos y gatas!

Pues si son hombres y mujeres, hágase Ud. cuenta que por algo se dijo, que

Entre santa y santo,
Pared de cal y canto.

—De modo, que, según ese libro viejo en que Ud. lee, debe haber en los salones, en vez de intercolumnios, muros de mampostería que separen a los dos sexos.........

—Precisamente.

—¿Pero por qué?...... ¿por qué?.........

—¡Señora!...... ¡Porque los enemigos del alma no son mundo, demonio, y...... mazapan!

La Condesa volvió otra vez a quedarse parada como esforzándose por comprender, y el clérigo, variando de repente de tono y de gesto, dijo con vigor y hasta con elocuencia:

—¿Ha visto Ud. esas manzanas que se crían a orillas del mar Muerto?...... Tienen una cáscara brillante y dorada, y dentro una ceniza asquerosa y amarga...... Pues la cáscara es lo que Ud. ve en casa, y la ceniza lo que veo yo en el confesonario...... La cáscara es la exquisita finura, las conveniencias sociales que se guardan por fuera: la ceniza, las asquerosas miserias, las innumerables ofensas a Dios que se cometen por dentro, señora, por dentro!.........

—¡Ave María Purísima, don Rufino!...... ¿Qué está Ud. diciendo?.........

—Lo que Ud. oye, señora Condesa...... Si a todos sus tertulianos de Ud. le salieran de repente a la cara los pensamientos que llevan en el corazón, apuesto

ciento contra uno, a que no era la bondadosa, la cristiana Condesa de Santa María la que daba más bailes..... Si todas esas pobrecitas jóvenes que acuden a ellos, pudieran ver por un instante lo que piensa el galán que les sirve de pareja, cierto estoy de que la mayor parte de ellas huirían aterradas.........

—Pero señor,—eso podrá suceder entre una gentuza cualquiera; pero no entre personas tan distinguidas como recibo yo en mi casa.

—Tan de barro está hecha la porcelana del Japón, como los cacharros de Triana.........

—¡Pero, por María Santísima, no exageremos, don Rufino!...... ¿Qué idea tiene Ud. de lo que es un caballero, de lo que es una señora, de lo que es una inócente reunión en que se divierten los jóvenes? ....

—¿Quiere Ud. que se lo diga clarito...... pero clarito?.........

—Sí, señor...... Ese es mi fuerte: las cosas claras y el chocolate espeso.

—Mire Ud., que le va a saber a cuerno quemado......

—Don Rufino,—dijo la Condesa con cierta dignidad lastimera. Hartas pruebas tengo dadas en mi desgraciada vida, de que sé sobreponerme a las penas más dolorosas...... Cuando la muerte de mi hijo Mateo......

El clérigo se apresuró a atajar a la Condesa, que no obstante la gravedad de la discusión se disponía a improvisar una biografía del malogrado Mateo, y dijo vivamente:

—Pues oiga Ud. y no se asuste...... Todas esas reuniones de jóvenes que se divierten no son pecaminosas

de suyo...... ¿Pero sabe Ud. lo que la malicia de esos mismos jóvenes hace de ellas? Pues brillantes centros de prostitución moral, en que no se prostituyen los cuerpos, porque no se puede, pero se prostituyen las almas con el deseo...... A eso acuden a ellas la inmensa mayoría de esos caballeritos que a Ud. le parecen Luises Gonzaga...... Juzgue Ud. del papel que le corresponde a la buena alma que franquea su casa para estos inocentes desahogos...... sobre todo, si es una pobre vieja que nada gana en ello personalmente.

La Condesa se mordió los labios y se agitó en su butaca, como un oso blanco a quien aplicára el domador un hierro candente; pero el clérigo, sin darse por entendido, prosiguió con igual viveza:

—En cuanto a las mujeres, son otra cosa, y pueden, por decirlo así, dividirse en tres grupos...... Las hay que, para ludibrio de su sexo, son en todo semejantes a los hombres, aunque mucho más hipócritas: las casadas, por temor a un escándalo, que más tarde o más temprano llega; las solteras, por temor de perder la pesca de algún cándido marido, que les sirva más tarde de editor responsable...... Las hay y estas son las más numerosas, que no acuden a estas reuniones atraídas por la sensualidad sino por la vanidad, por la vanidad de los trapos y del lujo; no vienen a ver, sino a ser vistas, a lucir un pingajo nuevo, que les atraiga la admiración y las lisonjas de ellos, y la envidia y la malevolencia de ellas. Estas no son malas, pero son necias...... Y las hay, finalmente, como esa pobre niña que se reía aquí hace poco, que vienen porque las traen.

Estas son inocentes instrumentos de que se vale el demonio para lograr todos esos otros fines: materia inconsciente, que sirve de pasto a la liviandad de los galanes; pobres ángeles, que juegan con el infame que en su interior mancilla su pureze, con la misma candidez, con que jugaría un niño con la serpiente venenosa que mansamente le halaga..... ¿Y quiere Ud. que le diga más?...... Pues de este número, señora Condesa, no ha salido usted todavía al cabo de sus cincuenta años y pico ..... Y esto, que tanto la honra, es justamente lo que causa su desdichada ceguera: porquo no hay virtud, por hermosa que sea, que fuera de tiempo y sazón, no pueda convertirse en vicio; y la candidez y la inocencia, con ser tan bella, son primas hermanas de la tontería...... ¡Sí, señora Condesa, de la tontería! ....

La voz de la señora parecía haberse ocultado en las extensas cavidades de su anchuroso pecho, negándose a acudir a la garganta: quiso hablar, pero el clérigo le atajó la palabra, diciendo:

—A todo este conjunto, le llama el mundo galantería, inocente coqueteo, expansiones de la juventud, etc...... Pero la moral, la ley de Dios, que condena lo mismo el pecado de pensamiento que el de obra, lo mismo el pecado del que induce que el del que coopera, lo llama libertinaje del epíritu, prostitución de las almas...... Vea Ud. ahora, señora mía, con cuál de estas dos luces quiere iluminar sus salones...... Si con la del mundo, déjelos abiertos; porque, con ser tan malévolo el mundo, poco o nada encontrará en ellos que

censurar según su criterio. Si con la de Dios, ciérrelos al punto; porque aparecerán entónces en ellos muchas, pero muchas inmundicias!.........

La Condesa resolló, como si el aire faltase a sus pulmones, y dando el clérigo un poco de aliento a los suyos, prosiguió:

—Me dirá Ud. que mil razones sociales exigen, por lo menos, la tolerancia del trato de esta especie entre hombres y mujeres...... No lo negaré en absoluto, por más que rotundamente lo niego en muchos casos concretos; pero mientras la malicia de los hombres haga de este trato una verdadera prostitución moral, la conciencia tiene que someterlo a la ley de todas las prostituciones...... Y sepa Ud., señora Condesa, que los moralistas que no niegan al Estado la tolerancia de casas infames, prohíben al individuo arrendar las suyas para tan asquerosa industria, sin razones poderosísimas, muy difíciles de encontrar...... Crudo es decir que aplique Ud. el cuento a los bailes de su casa; pero, haciendo la conveniente rebaja, no hay más remedio que aplicarlo, señora mía...... Que esto es duro de decir...... !Durísimo!...... Que es asqueroso de oír...... ¡Asquerosísimo!...... Pero, si no se oye la verdad a gritos, fuerza será decirla a cañonazos; y lo que está Ud. oyendo, es la verdad, señora; la verdad pura, desnuda, dicha a cañonazos...... Y si duda usted de que lo sea, pregúntelo, no a ellas, que son en su mayor parte tan ciegas como lo es Ud. misma...... Pregúntelo a ellos, a ellos, que son los que ven la comedia entre bastidores.........

Y aquí se calló el clérigo, cepillando con la manga de la sotana los encrespados pelos de su sombrero de teja. La Condesa quiso hablar y dió un bramido, quiso resollar y la cólera la ahogaba. Llevóse, al fin, las manos a la cabeza, y con los matices violados de la apoplegía en el rostro, exclamó a retazos:

—¡En mi vida he oído mayores desvergüenzas!...... ¡Siempre creí que era Ud. un saco de rarezas!...... pero nunca pensé que un hombre de su saber...... de su virtud...... qué viste ese hábito...... que entra en mi casa hace cuarenta años...... me insultase de ese modo......

—Señora, Ud. me ha preguntado, y yo he respondido...... ¿Qué culpa tengo yo de que la verdad tenga en ciertos paladares el sabor del insulto?

—¡Me quejaré al Arzobispo! ¡Sí, señor, me quejaré al Arzobispo!—exclamó la Condesa.

Y la tempestad que bramaba en su pecho se deshizo en lágrimas, como en lluvia se deshacen todas las tempestades. El clérigo se puso de pie, y recobrando de repente su aspecto bobo y su tono compungido, dijo:

—Conque, ¿quiere Ud. algo para la Madre Priora?......

—¡Nada, nada quiero!—gimió la Condesa.

—Pues que Ud. se conserve buena...... y cuando tenga un ratito de tiempo, lea la historia de *Gil Blas* y el *Arzobispo de Granada*.........

Y volviendo el clérigo la espalda, se dirigió a la puerta cojeando...... Oyóse entónces en el salón vecino una voz destemplada que gritaba afectuosamente:

—¡Señor don Rufino, mi amigo y dueño!...... ¿Usted por aquí?...... ¿Y se va Ud. cuando yo vengo, in-

grato amigo?...... Pero cúbrase Ud., por Dios, mi señor don Rufino, que soplan aquí muchas corrientes...... ¡Las corrientes son temibles!...... ¿Sabe Ud. lo que dijo el diablo a Lutero?...... ¡Lutero!...... ¡guárdate de las corrientes, que me haces mucha falta! ....

La voz se desvaneció por un momento, como si se alejase para despedir a don Rufino, y a poco apareció en el gabinete, seguido de un alférez de húsares, un caballero muy calvo, que entró diciendo, con el gesto de Cicerón en el Senado romano:

—¡Condesa!...... ¡Catilina esta a las puertas de Roma!.........

Y dejando el ronco son de la trompa bélica, por el suave tono del pastoril caramillo, añadió, indicando a las tres primas, que en aquel momento aparecían en la puerta de en frente.

—¿Pero quien teme a Catilina...... estando ahí las tres Gracias, Aglae, Pasitea y Eufrosonia?.........

Aquel señor era don Recaredo.



IV

Don Recaredo no se llamaba Guzmán, ni Ponce de León, ni Fernández de Córdoba: llamábase simplemente...... Conejo. De este notable desnivel, de esta especie de salto lírico que entre su nombre y su apellido mediaba, no le hace responsable la historia: culpa fué de sus padrinos, que sobre-llevaba el buen señor con resignación heróica, sin haber intentado nunca ni aún pluralizar su apellido, firmándose con más galanura heráldica: *Recaredo de los Conejos.* Conejo singular había sido su padre, Conejo singular su abuelo, y por una serie de Conejos singulares, podía remontarse su ascendencia. a cualquira de los infinitos conejos que, según algunos eruditos, pululaban en España, en los tiempos en que Tubal tomó posesión de ella, haciéndola coto redondo.

Con menos pujos, sin embargo, de rey Godo, que de humilde lepórido, vivía don Recaredo pegado, como un pobre molusco, a la roca monumental de la casa de Santa María. Había sufrido en vida del difunto Conde todas sus impertinencias políticas en la lucha de los partidos, y seguía sufriendo las domésticas de la Condesa, que le encargaba la superintendencia general de sus salones, y la especialísima vigilancia de sus veintisiete sobrinos. Produjole lo primero un modesto empleo en Rentas Estancadas, y valíase lo segundo el po-

V

La de Peralta y Ritita clavaron ansiosas los ojos en el rostro de la Condesa al entrar en el gabinete, y se miraron consternadas al notar la tempestad que se reflejaba en la cara, redonda como la luna llena, de la ilustre señora. Indudablemente se había llevado don Rufino entre sus garras las promesas del baile de Piñata, que con tanta habilidad habían arrancado ellas a la Condesa. El húsar se acercó a esta, y estrechándole con familiaridad la mano, le dijo:

—¿Qué tal, tía Rosa?

Recordóle a la Condesa el apuesto militarito, aquellos Luises Gonzagas a quienes el cruel don Rufino acababa de arrancar la vestidura mística, y contestó secamente:

—Bien, Candidito.

Acercóse entónces el húsar a las tres jóvenes, saludándolas con llaneza de primos, y a poco hablaba en secreto con Ritita, a espaldas de todos: ella hacía mohines de enfado, él gestos de protesta; ella se apoyó en su abanico, como en su clava el Hércules Farnesio, él le quiso quitar una plumita de pavo real que traía en la boca a guisa de cigarro; ella le pegó con el abanico, él se echó a reír; ella sacó una carta, él la fué a coger...... En el mismo momento volvió la cara Blanquita; pero ya Ritita y Candidito miraban extasiados un cuadro bordado en sedas de colores que pendía de la pared. Era

un cuadro muy curioso: habíalo bordado la Condesa el año treinta, y representaba a una negra, fumando en su pipa. Ritita decía a Candidito:

—¡Mira...... mira cómo humea!.........

—¿Vas a aprender a bordar, Cándido?—preguntó Blanquita con malicia.

—Si tú me enseñas, primita, me comprometo a bordarte unas babuchas,—replicó el alférez.

Mientras tanto, don Recaredo había dado dos pasos al frente, y bajando algo los brios de su acento al notar el encapotado rostro de la Condesa, repitió de nuevo su culto grito de guerra.

—¡Catilina está a las puertas de Roma!.........

La Condesa, que era poco erudita, y no había salido aún del estado de exaltación en que la dejó don Rufino, replicó bruscamente:

—¿Pero que no ha de abrir Ud. la boca para decir dos palabras, sin que suelte tres nombres raros?......... ¿Quién es esa Catalina, y qué tengo yo que ver con que haya ido a Roma?.........

—Pero si no es Catalina, señora,—contestó don Recaredo con la mayor mansedumbre...... Es Catilina....... Ca-ti...... ¡titi! li-na...... hombre feroz, revolucionario, Amadeista como quien dice, del tiempo de Cicerón, que levantó una milicia nacional.........

—¡Pues mire Ud.!—exclamó la Condesa con furia, acordándose de las amenazas del Gobernador, que juntamente con don Rufino tenía montado en la punta de las narices. Bastantes Amadeistas tenemos por acá,

para que venga usted a colgarnos los del tiempo del Rey que rabió.

—Pues justamente por eso plagiaba yo la frase del orador romano,—replicó vivamente don Recaredo...... Porque lo mismo que el Amadeista Catilina amenazó a Roma, el Amadeista Gobernador (*Gardingo*, como se diría en el siglo octavo), amenaza al palacio de Santa María.

La de Peralta no pudo contener una extraña sonrisa, que cubrió con el abanico: Ritita dió con el codo a Candidito, y todos exclamaron al mismo tiempo con gran interés:

—¿Pues qué sucede?.........

—¿Qué sucede?—replicó don Recaredo con voz pavorosa, sacando lentamente del bolsillo una carta abierta. Cuando recibí su recado de Ud. mandándome llamar a toda prisa, me preparaba yo a venir con la misma, para dar a Ud. cuenta de este documento ....

Don Recaredo desplegó la carta con gran solemnidad, calóse los quevedos majestuosamente, y dijo:

—Oigan ustedes el anónimo que he recibido por la mañana.

"Señor Don Recaredo, etc.

"Me consta positivamente que el Gobernador de esta ciudad está dispuesto a prender a la señora Condesa de Santa María, si vuelven a repetirse en su casa los escándalos anti-dinásticos del martes de Carnaval. Como Ud. es la persona de confianza de dicha señora......

Aquí don Recaredo hizo un profundísimo saludo, que desmontó de su nariz los espejuelos, y dijo casi conmovido:

—En lo cual tengo mi mayor honra.........

Y volviéndose a poner los lentes, prosiguió:

......Como Ud. es la persona de confianza de dicha señora, podrá comunicarle este aviso, para quitarle las ganas de organizar conspiraciones. Creo que la señora Condesa no volverá a tener semejante atrevimiento; pero, por si acaso reincide, sepa ya que está avisada, y aténgase luégo a las resultas."

"Un amigo de la paz y de la dinastía."

Conticuere omnes!...... Callaron todos: Don Recaredo pálido y sobrecogido, como el artillero novel que por vez primera dispara un cañonazo, miró a todos los circunstantes, que parecían abrumados cada cual por el peso de un pensamiento distinto...... Una intempestiva gana de reír acometió entónces a Blanquita: la imágen de tití Rosa vestida de mameluco tornaba a revolotear en su imaginación, como un geniecillo maléfico: volvió a todos la espalda para conjurar mejor su importuna influencia, y se puso a sacar un ojo con la uña, a un mofletudo niño que aparecía pintado en la pantalla de la chimenea.

¿Lo ve Ud., titita? ..... ¿Lo ve Ud.?—estalló al fin la de Peralta, accionando con el abanico. ¡Lo que nosotras decíamos!

Ritita se levantó erguida, como una Némesis ofreciendo venganzas, y exclamó:

—¡Titita!...... Es menester dar otro baile, y tirarle a la cara al Gobernador una esquela de convite.........

—¡Eso es! ¡eso es!...... Convidarlo a él mismo.

—Y bailar el minué delante de sus narices.

—¡Así verá con qué personas trata!

—Y el miedo que nos dan sus amenazas.

—¡No hay remedio, titita, otro baile!

—¡Otro baile!...... ¡otro baile!

Y tal algazara armaron las dos primitas, el primito y don Recaredo, que puesto de pie extendía las manos repitiendo el verso de Dante,—*Io vo gridando pace, pace, pace*—que sofocada la Condesa, exclamó, tapándose los oídos:

—¿Quieren ustedes callarse y no aturdirme? ....

—¿Quién ha escrito esa carta?—añadió con voz formidable, dirigiéndose a don Recaredo.

—Pues un amigo de la paz y de la dinastía,—respondió el cantor de Mateo, mostrando la firma.

—¿Pero quién es ese amigo de la paz, que tal gresca levanta en mi casa?

Don Recaredo se puso un dedo en la punta de la nariz, y dijo, abriendo mucho los ojos:

—Sospecho...... ¿qué digo sospecho?...... Juraría que este tiro viene de ....

—¿De quién?.........

—¡Del mismo Gardingo!—concluyó don Recaredo, creyéndose en el siglo octavo.

—Pero, hombre de Dios, ¿hablará Ud. claro alguna vez en su vida?...... ¿Quién es Gardingo?

—¡El Gobernador, señora, el Gobernador!—replicó prontamente don Recaredo, tornando al siglo décimo nono.

—Para mí es eso evidente,—opinó Candidito.

—Apostaría las narices, sin miedo de quedarme chata,—dijo Ritita.

—¡Es un cursi, tití, un cursi!—repitió por centésima vez la implacable Peralta.

—Lo único que me hace dudar,—dijo don Recaredo, es que tiene la carta una ortografía detestable...... Vea Ud., añadió, mostrándola: no escribe *confianza*, sino *confianca*.........

Candidito y Ritita se miraron azorados, como si fuesen responsables ellos de la detestable ortografía del señor Gobernador, y el alférez dijo al fin, cruzando una pierna sobre otra:

—¡Bah!...... ¿Se asusta Ud. de que un Gobernador escriba *confianca?*...... Yo he conocido un oficial del ministerio de Estado, que escribia zapatilla con h......

—¡Pero si es un cursi!—dijo con mucha lógica la de Peralta. El otro día lo vi de cerca en la exposición del Alcázar...... Llevaba un trajecillo claro de medio tiempo, y observé que tenía el chaleco más usado que la levita...... Señal clara y evidente de que suele estar en mangas de camisa.

—Pero Adelita,—dijo respetuosamente don Recaredo, a quien sin duda remordía la conciencia de semejante crímen. No veo que tenga nada que ver la ortografía con estar en mangas de camisa...... La ortografía entre los pueblos antiguos.........

—¿Pues no ha de tener que ver?...... Eso indica que es un *parvenu*, un cursi..... ¿Usted concibe un Góbernador en mangas de camisa?...... ¡Qué horror!.........

Y aterrada la de Peralta se tapó la cara con el abanico. La Condesa se había quedado pensativa, con el codo apoyado en la mesa y la mano en la mejilla; y poseidos todos de esa inmóvil inquietud propia de las grandes expectaciones, respetaban aquel silencio, precursor de una resolución de que pendía quizá la caída de un trono, al pausado compás de la música de un minué...... ¿Y por qué no? Un águila arranca con la punta del ala un copo de nieve en la cima de una montaña, y aquel copo rueda, crece, y, convertido en alud, llega a la falda...... La Condesa podía ser el águila que arrojase contra el Gobernador y la dinastía un alud de casacones y peluquines blancos, y su cólera excitada, su orgullo herido, su españolismo acendrado la impulsaban a ello. Mas la sombra de don Rufino detenía las alas del águila condal, mal de su grado, y sin saber por qué figurábasele en aquel momento que tomaban forma corpórea, en las tres sobrinas que tenía delante, aquellos tres tipos de mujer que con tanta viveza le había descrito el compungido Capellán de monjas...... Ritita le parecía más descocada: Adela más presumida: Blanca más inocente: Candidito más taimado.

El silencio se prolongaba: Ritita y Candidito cuchicheaban por lo bajo; la de Peralta se componía la mantilla, mirándose en el espejo con el rabillo del ojo; don Recaredo limpiaba con el pañuelo los cristales de sus lentes.

De repente sonó una risita, queda y ahogada primero, franca y ruidosa después, como una fuentecilla que se deslizara mansa entre cesped, y saltase al fin de roca

en roca, libre, alegre y bulliciosa...... Blanquita había acabado de sacar el ojo al niño de la pantalla, y el geniecillo maléfico de la hilaridad la había vencido al fin, poniéndole de nuevo delante la imágen de tití Rosa vestida de mameluco. Cuatro miradas iracundas y una asombrada, la de don Recaredo, cayeron sobre la risueña niña.

—¡Qué inoportuna eres, Blanca!—dijo Ritita. ¡Pareces un reloj descompuesto!

—¿Pero de qué te ríes, tonta?—exclamó agriamente la de Peralta-

—Como decía tití que se iba a vestir de mameluco, balbucéo Blanquita.

La Condesa, que necesitaba algo para estallar, estalló al fin, exclamando:

—¡Eres una chiquilla, necia, sin juicio!...... ¡Bien te vendrían un par de años más de colegio!.........

Blanquita se puso colorada como una amapola; bajó la cabeza confundida, miró luégo a su tía, después otra vez a la alfombra, y cubriéndose el rostro con el pañuelo, se echó a llorar.

—¡Chubasco tenemos!—dijo Ritita.

—¡Nuestra Señora de las lágrimas nos asistan!—exclamó la de Peralta.

Candidito se échó a reír, y el compasivo don Recaredo, con ganas de llorar también, dijo:

—Pero hija mía, Blanquita preciosa, ¿va Ud. a desperdiciar esas perlitas de sus ojos por causa de los mamelucos?...... Los mamelucos eran allá en tiempos antiguos.........

Y aquí se atarugó el buen erudito, por no tener a mano el *Diccionario de la Conversación*, que le sacase de dudas acerca de los mamelucos. La Condesa, al ver llorar a Blanquita, su niña querida, se agitó inquieta en el sillón, volvióse de un lado, después del otro, cogió los bonos de la Conferencia, los volvió a soltar, y acabó por atraer a sí a la niña, que escondía siempre el rostro en el pañuelo, abrazarla, besarla en la frente, y decirle al oído:

—Pero ven acá, tontilla...... No me seas simple, hija mía...... Si tengo yo muy mal genio...... No me llores, pichona...... Mira...... pondremos la Piñata el domingo, y tú la romperas, hijita...... ¿Quieres?...... Verás, verás qué piñata tan bonita.........

El lindo rostro de la niña apareció entónces iluminado por una sonrisa, que brillaba entre sus lágrimas, como entre las lluvias de primavera un alegre arco-iris. Acercó la boquita al oído de su tía, y en voz muy baja le dijo:

—¿Y tendrá dentro pajaritos?.........



jos a la guerra. En cuanto a la tercera, aceptóla Ritita, diciendo que no sería ella la que disputase tal honor a su prima, y don Recaredo, proponiéndose buscar en el *Diccionario de la Conversación* el orígen de las Piñatas, y su uso entre asirios, medos y persas, para explicarlo todo detenidamente a Blanquita.

Una vez sentadas estas bases, la Condesa pidió el coche, y se fué a las Cuarenta Horas; entró luégo en San Vicente a oír un pedacito del sermón, fué luégo a visitar a una amiga, y al oscurecer mandó al cochero dirigirse a la Capitanía General. Era el Capitán General algo pariente suyo, hombre para ella de toda confianza, y nada afecto a la dinastía italiana. La Condesa le refirió en secreto las amenazas del Gobernador, su proyecto de desafiarlas atrevidamente, y concluyó preguntándole, si podía contar con él en caso de peligro. Rióse grandemente el General al oírla, y díjole que tenía al Gobernador por un progresista de lo más neto que había brotado en España al son del himno de Riego; pero que, así y todo, no le creía capaz de llevar tan al cabo sus majaderías. Insistió la Condesa, porque, una vez aplacada su cólera, halagaba a su amor propio que se diese a sus asuntos domésticos tal importancia en las esferas oficiales, y mostró al General el anónimo. Leyólo éste, rióse de nuevo, pareció fijarse en la letra, y cotejóla disimuladamente con la de uno de los partes oficiales que sobre la mesa tenía: era del escuadrón de húsares, y estaba escrito y firmado el día anterior por el alférez de guardía. Tornóse a reír el General, encogióse de hombros, y devolvió a la Condesa el anónimo, diciendo:

VI

Una vez decidida a dar el baile, la Condesa entregó sus poderes, como siempre, a don Recaredo y a Ritita, para que dispusiesen la fiesta. Tres condiciones puso sin embargo; primera, que para tranquilidad de su conciencia había de terminar el baile a las doce de la noche, hora en que espira ese absurdo interregno, sin razón alguna de ser, que el domingo de Piñata establece en la Cuaresma. Segunda, que, como prueba del absoluto desprecio que las amenazas del Gobernador le inspiraban, había de enviársele a este, como un cartel de desafío, una esquela de convite. Tercera y última, que, para satisfacer a Blanquita, habían de encerrarse en la suntuosa Piñata, en compañía de los dulces, hasta dos docenas de pajaritos, entre jilgueros y canarios: habíanse otros si de poner en juego cuantas trampas e ilegalidades fuesen necesarias, para proporcionar a la preciosa niña el placer de romperla.

Ritita oyó la primera condición con pérfida sonrisa, y don Recaredo, bajando la cabeza confundido, como si le abrumase el peso de un remordimiento. A la segunda frunció Ritita ligeramente las cejas, y don Recaredo hubiera repetido su conciliador.—*Io vo gridando pace, pace, pace*—si el acento irritado de la Condesa al dictarla, no le hubiese recordado el—*con el escudo o sobre el escudo*—de las feroces espartanas, al enviar a sus hi-

—Descuida, Rosa, que no llegará la sangre al rio, y más que majaderías de Gobernador, parecen éstas trapisondas de muchachos...... Puedes dar tranquila tu fiesta, y yo te respondo de que, aunque bailen el minué en mitad de la plaza del Duque, nadie ha de incomodarte.

Exigióle entónces la Señora promesa de que asistiría a su baile: diósela el General, y retiróse ella satisfecha y tranquila, guardándose muy bien de dar cuenta a nadie del paso que había dado. Hubieran podido atribuirlo a miedo, y era esto deshonroso para la varonil Condesa de Santa María.

Recibía ésta su tertulia ordinaria en el salón cuadrado que precedía al *costurero:* en un extremo se instalaba la *Cámara alta*, compuesta de los personajes más notables de la aristocrática X**, y en el opuesto, la *Cámara baja*, que formaban la parentela joven de la Condesa, y algunos otros allegados, que, después de prévias averiguaciones, habían tenido el honor de ser presentados a la dama: porque, para entrar en el palacio de Santa María, casi era necesario hacer informaciones de ocho apellidos nobles, ni más ni menos que si se tratase de profesar en cualquiera de las cuatro órdenes militares, Santiago, Alcántara, Calatrava o Montesa. En esto cifraba la Condesa su confianza, al par que su orgullo.

La Cámara alta llamaba a la baja el *Club de la Tijera*, por las burlas y murmuraciones que en ella se fraguaban, y ésta hacía honor a su nombre, titulando a la alta *El Antiguo Testamento*, por las añejas fechas de los

señores y señoras que en ella se reunían. El Antiguo Testamento jugaba al tresillo, y el Club de la Tijera desollaba al prójimo, en ociosa conversación, cuando no se veían aparecer algunas de esas caprichosas labores con que la moda ejercita las manos de las damas, y se ven rodar años enteros por gabinetes y tocadores, empezadas siempre y sin conluir nunca. Don Recaredo Conejo descendía todas las noches del Antiguo Testamento al Club de la Tijera, como un profeta de otras edades que enviase la Condesa, para amparo y vigilancia de la juventud inexperta. Era don Recaredo su policía secreta.

Los jueves y domingos, días en que la Condesa recibía oficialmente, se iluminaban otros dos salones, y el Club de la Tijera, numerosamente reforzado, se desparramaba por ellos, bailando hasta hora no muy avanzada de la noche. El Antiguo Testamento permanecía siempre en su puesto, apegado a su rincón, con la inmutabilidad característica de las venerandas instituciones. En los días de gran recepción, que no eran escasos, franqueábase todo el palacio, disponíase el comedor con la abundancia y magnificencia propias de la rumbosa Condesa, y se iluminaba y disponía, sobre todo, la gran galería, llamada de los retratos, por estar colocados en ella todos los de los Condes y Condesas de Santa María.

El *alpha* de esta larga serie de ilustres señores era un barbudo guerrero, compañero del Rey San Fernando, en la toma de Sevilla, y el *omega* era Mateo en persona; es decir, en persona que debía a la munificencia

del pintor. Habíale este dotado de un cuerpecito angelical, y de unas alitas blancas que le impulsaban hacía el cielo, miéntras sus manitas dejaban caer la corona condal de los Santa María, como anunciando con esto que dejaba cumplida en la tierra la misión de poner punto final a su ilustre raza. En el fondo de esta magnífica alegría, verdadera obra de arte, abríase una soberbia puerta que daba entrada a la cámara de Carlos V.; estancia llamada así, por haberse hospedado en ella el invicto César en 1524. Conservábase intacta desde aquella fecha memorable, y era uno de los monumentos históricos con que más se honraba la ilustre casa de Santa María. El artesonado era de riquísimas maderas incrustadas y talladas, el zócalo de esos estimados azulejos moriscos que tanto embellecen los palacios de Córdoba y Sevilla, y colgaba desde el uno hasta el otro una tapicería de terciopelo rojo con grandes escusones dorados, que hacía juego con el dosel, cortinajes y colcha del magnífico cuanto enorme lecho, que ocupaba por completo uno de los frentes. Por detrás del tapiz que a éste correspondía, quedaba entre la tela y el muro, una especie de pasillo de uso desconocido, que terminaba por ambos lados en dos puertecitas de escape: una daba a la galería, otra a dependencias de la casa, que a la sazón ocupaban los criados. Detalles todos que consignamos desde ahora, porque serán necesarios al lector para la perfecta inteligencia de los sucesos que quedan por narrar en esta verídica historia.

Cuando don Recaredo apareció aquella noche en el Club de la Tijera, fué saludado con las sonrisas más

encantadoras y las frases más halagüeñas. El revoltoso Club fraguaba de nuevo, para el domingo de Piñata, la conspiración de los relojes, del martes de carnaval, y aquellos Eneas y Teseos de ambos sexos se apresuraban a amasar, con dulces palabras de adulación, la torta de miel que había de ablandar al Cancervero. Ritita, con sus más graciosos mohines, le hizo sentar a su lado, en el sitio que antes ocupaba su perra; la de Peralta le pidió unos versos para su álbum; Blanquita le ofreció un caramelo con las puntas de sus deditos de rosa; y una morenilla, cuya nariz respingona le daba cierto aire picaresco, le dijo que estaba háciéndole un gorrito de dormir, porque el invierno próximo se presentaba muy crudo: trabajaba, en efecto, con dos largas agujas de madera una extraña labor de lana, con grandes florones verdes y encarnados.

—¡Admirable asunto para la lira de Anacreonte!—exclamó don Recaredo en sus glorias. Un gorro de dormir tejido por Paquita, la más bella y la más burlona de las ninfas del Bétis.

—Pues quedamos en ello,—replicó Paquita. Yo hago el gorro, y Ud. lo canta en la lira de Anacreonte....... ¿Es ese señor compañero de Ud. en la oficina?

—¡Por las once mil vírgenes, Paquita!...... Anacreonte empleado en el Alfolí de la sal?...... ¿Así se burla Ud. del gran poeta griego?

—¿Yo?—¡Dios me libre!...... Pues justamente son mi flaco los poetas y los versos. Crea Ud. que hasta lloro, cuando aquello de

Aventuras, vida y fin,
Del enano don Crispín.

Y aquello otro de más abajo,

En un zapato metido,
Todo el río ha recorrido......

—¿No son esos versos de Anacreonte?.........

—¡Paquita, por Dios!—exclamó don Recaredo. *Marciala* satírica, sacerdotísa del Dios Momo, respete Ud. la memoria del gran poeta!...... Por cierto que murió de un modo extraño...... Se le atragantó una pasa......

—¡Ah, goloso!.........

—¿Y por qué no le dieron unas palmaditas en el cogote?

—Pues sí, señor...... Así murió en Samos, a los ochenta y cinco años.

—Entónces no fué ningún malogramiento.

—El genio debía de ser inmortal, Paquita; y para que no incurra Ud. otra vez en equivocaciones tan lastimosas, le daré para que lea una traducción de las odas de Anacreonte.

—Ahora no puedo...... Estoy leyendo el Bertoldo, y me gusta guardar método en mis lecturas.

—Démelas Ud. a mí, don Recaredo, que yo me las aprenderé de memoria,—dijo mimosamente Rittta...... Y a propósito de versos, me tiene Ud. que dar el soneto que hizo el otro día *Al alumbrado de gas*...... ¡Es precioso! ....

¡—Muy bonito!—replicó Paquita. Yo me lo sé de memoria.........

¿—Es posible, Paquita?—exclamó don Recaredo. ¿Es posible que hayan alcanzado tal honor mis pobres versos?

—¡Vaya!...... Una vez los leí en *El Porvenir*, y se me quedaron impresos...... Oigalos Ud.

Y sin dejar de mover las agujas, Paquita recitó muy seria:

Doce meses esperando
Y siempre calles corriendo,
Siempre luces encendiendo,
Siempre luces apagando;
Siempre alumbrado, señor,
Los sitios de esta ciudad,
Y siempre por navidad
Se vió que el alumbrador,
Tuviese un *Plus*, por favor,
De toda la vecindad.

Una explosión general de risas estalló al terminar Paquita el último verso, y don Recaredo exclamó:

—¡Ah femenino Marcial!...... ¡pérfida *Moma!*........ ¿Así equivoca Ud. mis versos con las décimas del alumbrador pidiendo aguinaldos?.........

—Pues está visto que yo no sirvo sino para confundir los clásicos.

—Consuélese Ud. con otro caramelo, don Recaredo, —dijo Blanquita, dándole uno.

—Cuidado no se le atore,...... que a Anacreonte lo ahogó una pasa.........

—No haga Ud. caso de estos locos, que son capaces de burlarse de un entierro,—dijo Ritita levantándose.

Venga usted conmigo, que me tiene que copiar el soneto...... y que arreglar un asunto.

Don Recaredo y Ritita entraron en el *costurero*, y aquel se puso a copiar complacidísimo su soneto al alumbrado de gas, en el pupitre mismo de la Condesa. Ritita lo iba leyendo entusiasmada por encima de su hombro, y repetía a cada línea—¡Precioso! ¡monísimo! —Volvió a leerlo todo declamando, y cuando ya le pareció que el insigne vate estaba maduro, le propuso entre halagos y mimos, dengues y monadas, repetir el domingo de Piñata la conspiración de los relojes, del martes de Carnaval. Don Recaredo, llevado por sus hábitos oficinescos, se puso la pluma detrás de la oreja, y con la dignidad de un Catón incorruptible, se negó rotundamente. Había delinquido una vez por debilidad, y no quería reincidir otra por malicia.

Ritita instó, suplicó, chilló, amenazó, y don Recaredo firme en su honrado propósito, repetía siempre:

—¡Imposible, Ritita, imposible!

—¡Vaya!—exclamó al fin Ritita enfadada. ¡No creí que fuera Ud. tan poco galante!

—El deber está por encima de la galantería, Ritita bella.

—¡Ni tan soso!.........

—Pues no será por hallarme lejos del depósito de sal, —repuso el vate ofendido.

—Entónces le sucede a Ud. lo que a los confiteros,...... que de puro manejar almíbar aborrecen el dulce.........

Y volviendo Ritita majestuosamente la espalda, dejó a don Recaredo con la pluma detrás de la oreja, y el soneto al alumbrado de gas en la mano. A la puerta del *costurero* la esperaba Candidito.

—¿Qué ha dicho?—le preguntó impaciente.

—¿Que nones!....... ¡que ni hechos trizas!

El alférez dió una fuerte patada en el suelo, y exclamó con imperio:

—¡Pues es preciso, Rita!.........

Esta bajó los ojos, poniéndose encarnada, y con extraño acento repitió muy bajo:

—¡Preciso!



VII

En el centro de la gran galería de los retratos habíase colocado la suntuosa Piñata, semejante en su figura a una araña de salón. Formábanla doce enormes cuernos de la abundancia vistosamente dorados, unidos por las puntas en la parte inferior, separados, en forma de copa, por la superior, y bellamente entrelazados con primorosos arabescos, lazos y frescas guirnaldas. Pendía del centro hasta el suelo un gran manojo de cintas de todos colores, de las cuales sólo una abria la Piñata: las restantes estaban tan ligeramente apuntados al armazón, que, al tirar de ellas, quedábanse en la mano. Las damas debían de pasar por turno tirando cada cual de una cinta, hasta tropezar con la afortunada: al impulso de ésta la Piñata se abría, variando de forma, giraban los cuernos, volviéndose boca abajo, y derramaban sobre los circunstantes una lluvia de dulces y pajaritos. La cinta misteriosa era celeste, y don Recaredo, obedeciendo a las prescripciones de la Condesa, la había señalado con un nudo, para que Blanquita pudiera reconocerla.

Doce señoras y doce caballeros, vestidos con traje de tiempo de Carlos IV, habían de bailar en el gran salón amarillo, el discutido y anatematizado minué, que era objeto del baile. Adelita Peralta, deseosa siempre de exhibirse, había propuesto acentuar más el tinte políti-

co de la fiesta, ofreciéndose a cantar ella misma a la guitarra, vestida de maja, dos canciones manolescas de aquellos patrióticos tiempos: *La Cachucha y La Jaca de terciopelo.* Esta parte del programa debíase de haber puesto en práctica el pasado martes de Carnaval; pero la elegante joven y ferviente española tuvo la ocurrencia de encargar a París, desde las orillas del Bétis, su traje de maja; y habiendo éste llegado tarde, quedóse la *Cachucha* sin cantar, y Adelita sin lucir el garbo, que había de conquistarle aquella noche, con aprobación táctica de los manes de don Ramón de la Cruz, el nombre de la *Maja majada.*

Un incidente extraño sobrevino a última hora, que se prestó a largas discusiones y a comentarios no escasos. Ritita y Candidito se negaron resueltamente a tomar parte en el minué, cediendo su lugar a la de Peralta y a Federiquito Bombones. Parecía esta resolución tomada muy de antemano, y daban para disculparla fútiles razones y evasivas sospechosas, pidiendo en cambio que se tocasen en aquella noche los dos grandes resortes de diversión y entretenimiento, que se habían puesto ya en juego separadamente: los capuchones Watteau y los dominós negros. Disfrazados por igual caballeros y señoras, la confusión debía de ser inmensa, las bromas divertidísimas, y graciosos los chascos. Opúsose la Condesa por estas mismas razones, recordando, sin darse cuenta de ello, los crudos avisos de don Rufino; más Ritita y Candidito insistieron de tal módo, y a tales argumentos apelaron, que la Condesa decidió al fin, sin sospechar en su buena fé, que

aquel tenaz empeño de los disfraces generales, ocúltase algún gato encerrado por parte de los primitos. Trasladóse, pues, al tocador de señoras el cargamento de capuchones Watteau, y en la cámara de Carlos V., franqueada al efecto para los caballeros, por estar del todo aislada, se depositaron los dominós negros.

Aquella tarde, la Condesa, independiente como siempre, se fué al sermón, y don Recaredo, después de dar la última ojeada a los salones, al *buffet*, a la Piñata, y de repetir sus órdenes a Juan Bautista el mayordomo, se retiró ya entrada la noche a su casa, para cambiar de traje: el pobre señor estaba rendido. A primera hora, los salones casi vacíos admiraban por su magnificencia deslumbradora, y torrentes de luz se escapaban por la anchurosa escalera y el espacioso vestíbulo, y llegaban hasta la calle misma, despertando ideas socialistas en la turba populachera que se agolpaba a la puerta, para ver entrar los lujosos coches y apearse a las elegantes damas, envueltas en ricas pieles y costosos abrigos. Parecíales aquello un paraiso vedado, cuya serpiente no divisaban porque agitaban su cola entre ellos.

En el salón próximo a la galería de entrada, el elemento más revoltoso del Club de la Tijera formaban un grupito, cuchicheando con gran viveza: indudable era que allí se tramaba algo, y este algo tenía que ser precisamente la conspiración de los relojes, ahogada al nacer por la férrea mano del incorruptible don Recaredo. Allí estaban Ritita, Candidito, la picaresca Paquita, Ramiro Pérez y otros varios y varias, entre las que descollaba Adelita Peralta con su traje de *Maja maja-*

da, cuyo rasgo más sobresaliente era una pistola con culata de marfil, que llevaba al costado: detalle que omitió siempre Goya en los retratos de sus inmortales majas, por no haber consultado, sin duda, a las modistas parisienses, Sin cesar llegaban nuevos convidados, que iban a buscar a la Condesa para saludarla en su rincón del Antiguo Testamento: allí estaba la señora con su hábito del Cármen, su sencillo peinado, y alguna que otra rica pero anticuada joya, con que los días de gran ceremonia solía realzar su persona: el que la necesitara podía estar seguro de encontrarla allí, y el que no la necesitase podía prescindir del trabajo de buscarla. La Condesa, parapetada tras sus años, sus desgracias, su gordura y su egoísmo, se había formado este cómodo ceremonial para sus recepciones, y de él no la sacaba nadie. Para todo lo que ocurriese, allí estaba don Recaredo.

Apareció al fin éste a la entrada del salón, de rigurosa etiqueta vestido, brillante la pelada calva, como si la hubiese barnizado con clara de huevo, acabando de enfundar sus manos llenas de sabañones en los flamantes guantes blancos. A su vista desbandóse el Club de la Tijera como por encanto: Ritita y la de Peralta, agarradas del brazo, dieron una vuelta para evitar su encuentro y se dirigieron disimuladamente al sitio en que don Recaredo solía dejar su peluca. Ritita llevaba en la mano un arma doblemente temible, por ser arma y arma femenina: era un aguja enhebrada en seda negra. La peluca fué hallada y arrebatada en silencio, y en menos tiempo del que se necesita para re-

ferirlo, redujo Ritita su cavidad a las tres cuartas partes, dándole de trecho en trecho algunas hábiles puntaditas. Hecho esto, la peluca fué depositada de nuevo, con igual siglo, en el sitio que antes ocupaba.

Los salones estaban ya atestados de gente, y la orquesta preludiaba el rigodón que había de abrir el baile. Atento a todo don Recaredo, repartía por donde quiera las flores de su galantería y los frutos de su erudición. Un joven le estrechó familiarmente la mano al pasar a su lado, y deteniéndose de repente, como sorprendído, le dijo:

—¿Pero qué tiene Ud. en la cabeza, don Recaredo?.....

—¿Yo?...... Nada ....

—Me pareció que la tenía Ud. un poco hinchada......

—¿Dónde?—exclamó azorado el aprensivo señor.

—Por detrás...... ahí...... hacia la coronilla.

Y sin detenerse más tiempo, el joven desapareció entre el gentío. Quedóse don Recaredo parado en mitad del salón, palpándose la cabeza con muestras de gran azoramiento: quitóse un guante, tornóse a palpar con la mano desnuda, y aunque ninguna prominencia descubría el tacto, su aprensiva imaginación comenzó a representarle aires colados, corrientes traidoras, pérfidos Céfiros, dañinos Eolos, y hasta furiosísimos Nótos, que parecían zumbarle dentro de la cabeza. Vióse entónces envuelto en un grupo traidor, afiliado al Club de la Tijera, que comenzó a felicitarle calurosamente por el exquisito gusto con que había dispuesto la Piñata. Preocupado don Recaredo, contestaba distraidamente, y aún, olvidando su respeto profundísimo a las conveniencias sociales, se palpaba la cabeza con disimulo. La sangre toda le refluyó al corazón, al oír a Ramiro Pérez, que exclamaba:

—¿Pero don Recaredo, se ha dado Ud. algún golpe? ....

—No...... no ..... contestó éste angustiado; pero siento aquí en la cabeza una molestia.........

—¡Pues claro!...... Si tiene Ud. ahí un chichón terrible.........

—¿Dónde?

—Detrás...... ahí...... hacia la coronilla.

—¡Es verdad!—exclamaron todos en coro. ¿Le ha picado a Ud. algún bicho?.........

—No...... no, que yo sepa...... ¡Será algún aire!...... Esta mañana me sentía mal...... y ahora de repente, me parece que me duele la cabeza...... algun aire he pillado.........

La sacerdotisa de Momo, Paquita, se abrió paso entre el grupo, con su traje de medio paso, su moño en lo alto de la cabeza, su fleco a lo nene, y desplegando ante don Recaredo su colosal abanico, le dijo:

—¡Magnífico, don Recaredo!...... ¡Preciosa Piñata!...... No le falta más que el busto de.........

La taimada *Marciala* interrumpió aquí la frase con un cómico gesto de espanto, y señalando con la punta del abanico la cabeza del vate, dijo:

—¿Pero qué es eso, don Recaredo? ¿Le va a Ud. retoñando la cabeza?...... ¡Jesús y qué chichón! ¿Si le irá a brotar a usted por ahí un poema épico?.........

—Don Recaredo,—dijo compasivamente la pérfida Peralta. Mejor sería que se abrigase Ud. la cabeza: eso será algun aire...... ¿Por qué no se pone Ud. la peluca? ....

—Tiene razón,—dijo Ramiro, véngase Ud. conmigo.

Y cogiéndole de un brazo, le llevó en busca de la peluca. La congoja de don Recaredo llegó entónces a su último grado: ¡la peluca no le entraba, y la peluca no había podido menguar, luego la cabeza le había crecido!...... Dejóse caer en un sillón, y dijo angustiado:

—¡Me siento muy mal, Ramiro!

—No se abata Ud., por Dios, que eso no será nada...... Algun aire...... ¿Le duele a Ud.?.........

—¡¡Muchísimo!!

—¿Pero por qué no se va a su casa?...... ¿Quiere Ud. que le acompañe?

—¿Y cómo dejo esto, Ramiro?...... ¿Quá dirá la Condesa?......

—¿Que ha de decir, si está Ud. enfermo?...... Yo le despediré a Ud. de ella...... Mire Ud., abajo estará todavía el coche de mi tia Pepa, que acaba de llegar y en él puede Ud. marcharse...... No hay que perder tiempo.

Don Recaredo aprobó tácitamente esta proposición: sentía sudores, calambres y parecíale que la misma Minerva, que salió armada de punta en blanco de la cabeza de Júpiter, iba a brotar de su cráneo, en cuanto algun caritativo Vulcano le pegase un hachazo. Levantóse trabajosamente, y arrastrando los pies, bajó la escalera apoyado en el brazo de Ramiro. Este le acomodó en el coche de su tía Pepa, y volvió en dos brincos a dar parte a los conspiradores de lo satisfactorio del triunfo. El Club de la Tijera respiró libremente: los relojes del palacio de Santa María anduvieron para

atrás dos horas, y aquellos dos extraños—*¡preciso!*—de Ritita y Candidito, se vieron cumplidos. Miráronse los dos primitos al oír que el estorbo de don Recaredo ya no existía, y desaparecieron ellos también cada cual por un lado.

El baile llegaba al apogeo de la animación; caballeros y señoras iban ocultándose poco a poco bajo los capuchones Watteau y los dominós negros. Nadie conocía ya a nadie, y la concurrencia tomaba aquel aspecto uniforme, que según Ritita y Candidito daba lugar a chascos tan graciosos, tan divertidos, tan inocentes...... Adelita Peralta iba a cantar *La Cachucha*, y todo el mundo se replegaba hacia el salón, deseosos de reírse a costa de la *Maja majada*. La sacerdotisa de Momo, Paquita, decía, agitando pausadamente el abanico:

—Tiene poquita voz .....; pero muy desagradable.

La galería de los retratos quedó desierta: entónces apareció en ella un capuchón Watteau, que mirando a todas partes, dió varios pasos azorado. Un dominó negro salió al mismo tiempo de la cámara de Carlos V, y acercándose a la dama, le ofreció el brazo.

—¿Por qué tiemblas?—le dijo muy bajo.

La pareja salió rápidamente de la galería, mezclóse un momento entre las demás máscaras, abandonó luégo con disimulo los salones, bajó la escalera, cruzó el vestíbulo, salió a la calle...... El portero, embutido en su gran librea de gala, se inclinó respetuosamente a su paso: giró luégo sobre los talones, mirándolos con extrañeza, y encogiéndose de hombros, dijo:

—¿Y a dónde irán esos?.........

La noche estaba oscura y la niebla era espesa: brillaban entre ésta, como las iracundas miradas de un móns truo, los faroles de algunos carruajes, que, no contando con el atraso de los relojes, comenzaban a enfilarse ya a la puerta del palacio. De repente saltó por la ventanilla de uno de ellos una galguita inglesa, con collar de plata sobredorada y manta de grana ribeteada de terciopelo: corrió hacía los enmascarados, meneando el rabito, y comenzó a hacer fiestas en torno suyo, como si reconociese en ellos a antiguos amigos.

La dama dejó escapar un ligero grito de espanto al ver a la perra: el galán la rechazó de un terrible puntapie, arrojándola a tres varas de distancia.

El pobre animal se refugió de nuevo en el coche, renegando de su instinto.........



VIII

Cuando llegó a oídos de Blanquita la partida de don Recaredo, su aflicción no tuvo límites: habíase llevado consigo el aprensivo señor el secreto de la Piñata, y quedando éste confiado a la suerte, no podía tener ella sino esperanza remota de partirla. Busco a Juan Bautista, el mayordomo, que debía de ser también depositario del secreto, y, no encontrándolo, fuése desolada en busca de la Condesa: al verla venir ésta en aquel estado, le preguntó sorprendida:

—¿Pero qué tienes, hija?.........

—¡Que ya no puedo partir la Piñata!—contestó Blanquita, haciendo pucheros.

—¿Pero por qué?.........

—Porque don Recaredo se ha ido sin decirme con qué cinta se abre.

—¿Que se ha ido don Recaredo?—exclamó atónica la Condesa. ¿Pero a dónde?.........

—Pues a su casa...... Se puso malo y se lo llevaron en un coche.........

—¿Pero qué estás diciendo, mujer?...... ¿Marcharse sin decirme nada?...... ¡Imposible!...... ¿Tú lo has visto?.........

—Yo, no; pero me lo ha dicho Adela...... Dice que le salió de repente en la cabeza un bulto grande, grande...... así.........

Y la niña ahuecaba al decir ésto sus dos manitas, indicando un volúmen esferoidal del tamaño de un melón grande.

—¡Qué atrocidad!—exclamaron en coro todos los Patriarcas y Profetas del Antiguo Testamento.

—Dice Adela que le salió de prontó.........

—¡Extraño caso!—observó un Abraham de tiempos de Calomarde, que traía el pecho lleno de cruces.

--Y Ramiro Pérez dice,—prosiguió Blanquita, que refería todo aquello de buena fé, porque así se lo habían contado, que él lo cogió por un brazo y se le desmayó tres veces...... Decía que estaba muy malito y quería confesar.........

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué desgracia!—exclamó la Condesa verdaderamente afectada. ¿Pero cómo no me han avisado?...... ¿Dónde está Ramiro?...... ¿Dónde anda Adela?...... ¿Y Ritita? ....

—¡Pues écheles Ud. un galgo!...... Por ahí andan todos disfrazados, y nadie sabe quién es nadie.

—¿Pero, Señor, cómo no me ha dicho nada ese Ramiro?...... ¡Jesús qué desgracia!...... ¡Qué cabeza de chorlito, Vírgen Santísima!...... ¡Y estará muriéndose el pobre señor, y el otro bailando tan fresco sin decir palabra!...... Es menester que vaya álguien a su casa: el pobrecito vive sólo.........

—¿Quiere Ud. que vaya yo, Condesa?—dijo el Abraham de las cruces, con la esperanza de que algun ángel le detendría las piernas antes de consumar el sacrificio que ofrecía.

—¡Se lo agradecería a Ud. en el alma, don Agustín! —replicó la señora vivamente. Ahora mismo le pondrán un coche...... ¿No hay por ahí ningun criado, Blanca?

—¿Qué ha de haber?...... Si todos están en el comedor, porque el *buffet* se abrirá dentro de nada ....

—¡Dios nos asista!...... ¡En todo me persigue la desgracia!...... Busca a Martina, Blanca; que estará quizá en mis habitaciones...... ¡Válgame el cielo!...... Mejor será que vaya yo al comedor y mande poner el coche...... ¡Qué criados! ¡Qué niños! ¡Bendito sea Dios!...... ¡Sólo a mi me pasan estas cosas!.........

Y la buena señora se levantó con toda la agilidad que le permitía su monumental corpulencia. En aquel momento la orquesta preduliaba el minué, y numerosos grupos de capuchones Watteau y dominós negros se aglomeraban por todas partes, para ver bailar a los caballeros de casacón, y las damas con traje de medio paso. Interrumpían a cada instante los grupos de máscaras la marcha de la atribulada Condesa, y para evitar su encuentro entró por la galería de los retratos, que había quedado desierta: dirigióse al pasadizo de la cámara de Carlos V., para salir más pronto por el lado opuesto al departamento de los criados, y abrió la puertecita que daba a la galería, cerrada siempre por expresa recomendación suya, por lo mucho que afeaba el artístico frente. Dejóla abierta ella misma al entrar, para que las luces de la galería alumbrasen las tinieblas de aquel oscuro túnel, y se adelantó en busca de la otro puerta: por desgracia la encontró cerrada por el lado opuesto. Furiosa la Condesa volvió atrás sus pasos; más en el mismo momento un criado que cruzaba la galería cerró la puertecilla de salida, creyéndola abierta por descuido, dejando, por lo tanto, a la Condesa encerrada en el pasillo. Al mismo tiempo oyó resonar simultáneamente en la cámara de Carlos V. una carcajada estrepitosa de hombre, y un terno soez, asqueroso, obsceno.........

El pudor de la mujer y la dignidad de la señora hicieron a la Condesa quedarse inmóvil de estupor y de bochorno. Creyó que algun descomedido lacayo andaría allí dentro, y asomóse por una rendija del viejísimo tapiz para reconocerlo, y mandarlo arrojar en el acto fuera de su casa...... Vió entónces en el histórico y venerado lecho, que jamás había mancillado cuerpo alguno desde que el gran Carlos V. lo ocupó una noche, a Ramiro Pérez, tendido panza arriba, con una pierna encaramada sobre otra, fumándose tranquilamente un

gran cigarro. A su lado, otro joven cuyo rostro no podía distinguir, se ponía sobre el bien cortado frac, un dominó negro. La Condesa sintió tal movimiento de ira, que pensó ejecutar en Ramiro, lo que había pensedo hacer con el lacayo: la conversación que sostenían los dos amigos la distrajo sin embargo. Ramiro contaba, entre carcajadas y palabras soeces, que hasta entónces había creído la Condesa patrimonio exclusivo de carreteros y gente abyecta, la pesada broma que acababan de jugar a don Recaredo: avanzando luégo en el terreno de las confidencias, refirió también la conspiración urdida entre Ritita y la de Peralta, él y Candidito, para obligar a la Condesa, a dar aquel baile, no obstante sus escrúpulos de beata, que le hacían cerrar sus salones durante el tiempo de Cuaresma. Habían engañado a la bondadosa señora con amenazas absurdas del Gobernador, comprendiendo que era esto lo bastante para que, en su carácter quijotesco y altivo, se apresurase a dar la fiesta. Ramiro había sido el testigo falso que aseguró haber escuchado las amenazas proferidas por el Gobernador públicamente: Ritita y la de Peralta tomaron a su cuenta trasmitir estos fingidos rumores a la Condesa, y Candidito remachó el clavo de la intriga, escribiendo un anónimo a don Recaredo sobre el mismo asunto. Un incidente estuvo a punto de dar al traste a última hora con toda la trama: empeñóse la arrogante Condesa en mandar al Gobernador, como un reto, una esquela de convite, y Ritita tuvo que poner en juegó todas sus artimañas, para apoderarse a tiempo de aquella peligrosa esquela y hacerla pedazos.

Reíase a carcajadas el compañero de Ramiro al oírle, e interrumpía a veces su relación, con observaciones chistosas y palabras o interjecciones groseras, dignas de una taberna. Una cosa llamó la atención de la Condesa, despertando su curiosidad al mismo tiempo que

su ira: había observado que, en todo el transcurso de la conversación, la designaban a ella invariablemente con el extraño nombre de *La Gorriona.*

—Pero ¿qué demonio de empeño tenían ustedes en que la Gorriona diese el baile?—preguntó a Ramiro su amigo.

—Pues ahí verás, chico;—replicó éste. Flaquezas humanas...... La de Peralta, que es capaz de vender a su padre por lucir un trapo, necesitaba ocasión en que estrenar ese mamarracho de traje de maja que había encargado a París, y que llegó tarde...... Ritita y Candidito trabajaban de común-acuerdo, y, o yo me engaño mucho, o sus planes eran más vastos...... La tal Ritita es una vaca brava, y Candidito un pillo que sabe torearlas...... Ellos fueron los del empeño de los disfraces, y ya sabes, chico, que, a río revuelto, ganancia de pescadores...... En cuanto a mi,—prosiguió Ramiro, revolcándose en el lecho de Carlos V, con cierta exaltación nerviosa, necesitaba coger a tiro en alguna parte a mi palomita.........

—Y aquí comenzó a exponer Ramiro la pasión que Blanquita le inspiraba, con tan cínica claridad, con tan obscena franqueza, que la infeliz señora adivinaba el sentido de sus frases, sin entenderlas del todo, como se adivinan a través de la tierra removida de una sepultura, la carne podrida y los gusanos hediondos. La ira, la sorpresa, el dolor, la vergüenza, el espanto, la ahogaban de tal modo, que, en la imposibilidad de huir por ninguna parte sin dar un escándalo, tuvo que apoyarse en la sucia pared cubierta de telarañas ...... La música del minué resonaba miéntras tanto a lo lejos, señoril, seria y acompasada como un cántico de Iglesia.

—¡Este es el revés...... allí está el derecho!—pensó la Condesa acordándose, al oirla, de la frase de don Rufino.

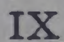
Cesó al fin la música de tocar, y oyóse entónces un alegre rumor de voces y de risas, que lentamente se aproximaba: el minué había terminado, y llegaba la hora de romperse la Piñata. Un gran tropel de jóvenes entró entónces en la cámara de Carlos V, a dejar unos los dominós y otros a tomarlos. La Condesa pudo apreciar entónces lo que era la comedia *vista entre bastidores*, como si el mismo Asmodeo, el asqueroso demonio de la impureza, se hubiese encargado de descorrer ante ella aquel telón repugnante...... Oyóse llamar mil veces la Gorriona: oyó barajar los nombres, la hermosura, la fama y la honra de aquellas pobres mujeres que a dos pasos de allí se encontraban, entre relaciones escandalosas, suposiciones atrevidas, chistes obscenos, asquerosas jactancias, deseos monstruosos, calumnias terribles, verdades ocultas...... La Condesa se tapó los oídos, porque le parecía hallarse en el fondo de la cloaca inmunda, por donde desaguaba aquella corrompida juventud las torpes pasiones que en ella excitaba el baile.

—¡Entre bastidores...... entre bastidores!—gemia, despedazando el pañuelo de rabia.

La alegre algazara aumentaba en la galería, y poco a poco fué quedando desierta la cámara de Carlos V. La Condesa se decidió al fin a mirar por la rendija del tapiz, y no vió a nadie: salió entónces como pudo al interior de la pieza, arrastrándose casi a gatas por debajo de la tapicería. Arreglóse el desórden de su traje, limpióse el polvo, quitóse las telarañas pegadas al vestido, y salió a la galería. Un alegre clamoreo resonó en aquel momento. La Piñata acababa de romperse: una lluvia de dulces caía sobre los circunstantes, y una porción de espantados pajaritos se elevaban en el aire, chocaban contra los primorosos arabescos del techo buscando salida, volvían a caer, tornaban a remontarse en busca de refugio, y caían al fin palpitantes y aterrados

entre las míl manos que los perseguian. Blanquita, al pie de la Piñata, elevaba las suyas para cogerlos, sin haber soltado todavía la misteriosa cinta celeste. Ramiro Pérez se acercó a ella, trayéndole un jilguero y un canario: la Condesa lo miraba estupefacta, como si no pudiese comprender que aquel apuesto joven, que con tan respetuosa galantería hablaba a la inocente niña, fuese el mismo que acababa de oír ella expresarse como un carretero y discurrir como un canalla. Blanquita, llena de contento, besaba a los asustados pajaritos: Ramiro le ofreció el brazo, y ella lo fué a aceptar...... Mas la Condesa se abalanzó, como una leona que defiende a sus cachorros, y agarrando a la niña por la mano, la separó bruscamente del elegante joven......

Ya no le parecían tan absurdos aquellos demonios que, según don Rufino, veían pasearse en las colas de las señoras los antiguos Padres del yermo.



IX

Una sola persona supo lo que había acontecido a la Condesa en el baile de Piñata: ella misma se lo reveló pidiéndo consejo, y nos consta que éste fué prudente y moderado. Mas la Condesa, que no se paraba en barras, y se iba siempre de un extremo al opuesto, disolvió por un acto de soberanía autocrática, digno del Czar de Rusia, el Club de la Tijera, y declarando a su casa en permanente estado de sitio, jamás consintió en ella grupos de más de cuatro personas.

La primera vez que vió a don Recaredo, le hizo a boca de jarro esta pregunta:

—Don Recaredo..... ¿Quién es *La Gorriona?*......

—*¿La Gorriona?*—contestó el erudito, desconcertado. ¿La Gorriona?...... Pues la Gorriona debe ser la hembra del gorrión.........

—¡Claro está!—replicó impaciente la Condesa. Como la *Coneja* debe de ser la hembra del *Conejo*.........

Don Recaredo se mordió los labios mortificado..... Acordóse entónces de que el Gorrión, lo mismo que el Conejo, no tienen hembra alguna nominal, por pertenecer ambos al género epiceno.

Pasaron varios meses: una tarde leía la Condesa un periódico de la localidad, y le llamó la atención en la gacetilla, aquel extraño nombre de *La Gorriona*. Leyó ávidamente el suelto: referíase en él que, por grandes escándalos ocurridos en una casa de mala nota, había sido llevada a la cárcel una infame vieja que la dirigía, conocida en todo X** con el nombre de *La Gorriona*.

El periódico se escapó de manos de la Condesa: encogióse en el asiento, y se amoratá su rostro, cual si hubiesen descargado en él una bofetada, y dos lágrimas de ira y de vergüenza acudieron a sus ojos.

—¡Bien lo merezco!......—murmuró. Tenía razón don Rufino...... ¡Para eso servía mi casa!

FIN